

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

SECCIÓN HISTÓRICA

LAS RELACIONES ENTRE LOS ESTADOS UNIDOS Y LA ARGENTINA (1933 - 1953() (87))*

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

(Una exploración de la bibliografía estadounidense sobre el tema y un ensayo de interpretación de la misma)

JOSÉ MIGUEL AMIUNE(**)(88)

6. UNA NOTA SOBRE CORDELL HULL

Resulta curioso observar que el período más conflictivo de las relaciones entre Argentina y los Estados Unidos, haya coincidido con la administración de Franklin Delano Roosevelt y su política del Buen Vecino

Estados Unidos había dado pasos importantes para mejorar sus relaciones con el resto del continente. El presidente Hoover había abierto el camino, repudiando el corolario del primer Roosevelt y retirando las tropas de Nicaragua. La administración de Franklin Delano Roosevelt dio pasos mucho más decisivos para revertir la imagen que el "Gran Garrote" y la "Diplomacia del Dólar" habían dejado en las repúblicas americanas. En 1934, se derogó la enmienda Platt, devolviendo a Cuba su independencia, y se retiraron los infantes de marina de Haití. En cuanto a Panamá, se firmó un acuerdo en 1936 por el cual la Unión renunciaba a ser garante de la independencia panameña y a la intervención en ese país. Estos aparecían como actos indicadores de una etapa de mejor entendimiento y colaboración entre los Estados Unidos y los demás países del continente.

Pero la idea central que movía al presidente Roosevelt era convertir a toda América en un verdadero bloque continental que actuara como un todo en el terreno de la política internacional. Trataba, en suma, de extender el aislacionismo de los Estados Unidos hasta el Cabo de Hornos, alejando a Latinoamérica de la cada vez más peligrosa política europea y robusteciendo de paso la seguridad de los Estados Unidos.

Esta política aislacionista de Europa, que reactualizaba la doctrina Monroe tenía, necesariamente, que colisionar con la tradicional diplomacia argentina representada, a la sazón, por uno de sus más prestigiados exponentes: Carlos Saavedra Lamas.

Para ejecutar su política internacional, Roosevelt eligió a un hombre de extraordinario talento y fuerte personalidad: Cordell Hull. Conil Paz, tocado por el pasionismo de aquellos años, lo recuerda como: "...un puritano del Sur que solía citar el Antiguo Testamento y la Guerra de Secesión, para solucionar los problemas contemporáneos."(38)(89)

En realidad, Cordell Hull fue mucho más que un calvinista obstinado, como lo pinta buena parte de la literatura política argentina. Fue un brillante diplomático que expresó y defendió, como pocos, los intereses históricos de los Estados Unidos, en una circunstancia tan difícil, como la última gran guerra. Sin un análisis de su actuación personal, este estudio quedaría inconcluso ya que él fue, desde 1933 hasta su retiro en 1944, la influencia más profunda que gravitó sobre las relaciones entre los Estados Unidos y la Argentina.

Sus propias memorias y el testimonio de algunos de sus colaboradores y contemporáneos, permiten evaluar el papel que personalmente jugó y los resultados de su gestión.

Hull representó, cabalmente, lo que podríamos denominar "línea dura" en la

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

política oficial del Departamento de Estado. Esto lo llevó a sostener serios enfrentamientos diplomáticos con el entonces canciller argentino Carlos Saavedra Lamas y, más tarde, con sus sucesores. La principal razón que explicaba los respectivos y encontrados puntos de vista, era la relación que Argentina deseaba conservar con respecto a Europa y, en especial, con Gran Bretaña.

Por otra parte era tradicional, desde el siglo pasado, el permanente cuestionamiento argentino a todo intento de hegemonía norteamericana en el continente. Vale la pena recordar, sólo como un ejemplo, la actuación de la delegación argentina, representada por Luis Sáenz Peña y Manuel Quintana, en la Primera Conferencia Panamericana de Washington, durante 1889 - 1890, donde la oposición a la previsible intromisión estadounidense en el resto del continente, se justificaba por el deseo de conservar la libertad de maniobras respecto de sus tradicionales vínculos con Europa. Vale decir que, en los orígenes mismos de los planteos panamericanistas, comenzaron a definirse las líneas divergentes que orientarían a una y otra diplomacia. Volviendo a la década del treinta, el gobierno del general Justo había fortalecido aún más sus lazos bilaterales con Gran Bretaña mediante el conocido Pacto Roca - Runciman (1933), y no accedía a comprometerse con las presiones norteamericanas para aumentar su cooperación con la comunidad hemisférica.

En 1933 también se celebraría en Montevideo la Séptima Conferencia Panamericana, que significaría el primer contacto entre las administraciones de Justo y Roosevelt. Esta Conferencia sesionó, bajo el peso desagradable de la guerra entre Bolivia y Paraguay. Hull se asesoró prudentemente sobre las anteriores reuniones del organismo y concluyó que la Argentina solía ser el rival más peligroso de los Estados Unidos en estos encuentros. Decidió, pues, empezar ganándose la voluntad de esa delegación, colocándose en un aparente segundo plano. Además la Asamblea adquiriría especial importancia desde el momento que los respectivos cancilleres encabezarían las delegaciones. Los argentinos llegaron con Carlos Saavedra Lamas al frente, y en la estela de Cordell Hull, perdido en la delegación americana, venía un robusto desconocido llamado Spruille Braden.

Hull inauguró en Montevideo un novedoso sistema: pasar las proposiciones norteamericanas a otra delegación para que las presentara como propias en las sesiones. De esta manera se retiraba a la penumbra, dejando la pirotecnia por cuenta de los demás. El trabajo pesado lo desarrollaba fuera de la Asamblea, visitando personalmente delegación por delegación, conversando privadamente con cada una, sugiriendo, explicando, alegando, para llevarlas por separado a su redil. En las sesiones plenarias perdía el uso de la palabra.

Bemis, describe su actuación: "No se oponía a nada. No tomaba parte en los debates. Hablaba pocas veces y sus intervenciones eran breves, pero a punto. No desempeñó la presidencia de ninguna de las nueve comisiones. No intentó, en modo alguno, asumir la dirección de nada. Eso lo dejó a la delegación argentina, encabezada por el doctor Saavedra Lamas."(39)(90)

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

Pero su acción, incansable, se desarrolló entre bambalinas, en los corredores y en los cuartos de los hoteles, como recuerda Gerchunoff en las crónicas que desde Montevideo escribía para La Nación de Buenos Aires "Mr. Hull visita a sus colegas de América, platica sobria y amablemente con el programa y lápiz en mano, y aspira evidentemente a que la política de Mr. Roosevelt haga olvidar la política de Mr. Coolidge."

Otros autores ratifican su habilidad para ganarse el favor de la delegación argentina, en los siguientes términos: "La Argentina, después de proponer en vano "enfáticamente" recuerda el propio Hull, la postergación de la Conferencia, llegó a última hora y se instaló fuera de la capital, en el suntuoso hotel de Carrasco. Hasta allí se dirigió paciente Hull. La delegación argentina recién llegada y compuesta por Juan F. Cafferata, Ramón S. Castillo, Isidoro Ruiz Moreno, Raúl Prebisch, Carlos Brebbia, Luis Podestá Costa Daniel Antokoletz y Alejandro M. Unsain, no ocultó su asombro ante la visita del secretario de Estado de los Estados Unidos. El asombro alcanzó a Saavedra Lamas cuando Hull, luego de llamarlo el principal estadista latinoamericano y de pedirle consejo, le comunicó que su país estaba dispuesto a firmar el Pacto Antibélico. Ya el embajador Espil había adelantado en Washington que un gesto semejante era el mejor camino para ganar el corazón de Saavedra Lamas. Hull le propuso que pronunciara un solemne discurso para presentar la moción de paz y le prometió su apoyo. Saavedra jamás lo miraba y fumaba nerviosamente. Para convencerlo, Hull añadió que, si no le parecía bien, acudiría a la persona más indicada después de él. El canciller argentino pidió un día para mediarlo. Antes de veinticuatro horas devolvió a Hull la visita, manifestándose de acuerdo. Comentó sonriente: "seremos las dos alas de la paloma de la paz. Usted la económica y yo la política" porque Saavedra Lamas se había comprometido a apoyar la resolución económica presentada por la delegación norteamericana, aunque su gobierno no miraba favorablemente algunos puntos de la misma."(40)(91)

Todos coinciden en que este acercamiento entre Estados Unidos y la Argentina hizo posible el éxito de la Séptima Conferencia, al tiempo que despertó los celos del Brasil, cuyo canciller Mello Franco, había exteriorizado su disgusto por creer que Hull consultaba demasiado a Saavedra Lamas.

El propio Hull, resume sus impresiones así: "A lo largo de toda la Conferencia no podía haber pedido por parte de Saavedra Lamas una cooperación más cordial y comprensiva en todas las cuestiones importantes. Posteriormente, lo recomendé para el Premio Nobel de la Paz, aunque también había sido propuesta mi candidatura, y fue él quien recibió la distinción."(41)(92)

Esta luna de miel argentino - norteamericana duraría hasta la celebración de la Conferencia Interamericana Extraordinaria celebrada en Buenos Aires en 1936.

El propio presidente Roosevelt propuso a Justo la celebración de esta conferencia en Buenos Aires y aceptó concurrir personalmente a su inauguración. El punto principal en el programa era la organización de la paz

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

y los otros temas se referían a la neutralidad, limitación de armamentos, problemas jurídicos, problemas económicos y cooperación intelectual. Subyacía el designio americano por acelerar los pasos para perfeccionar el sistema hemisférico.

El presidente Roosevelt llegó a bordo del acorazado Indianápolis y su presencia suscitó una cálida recepción popular. La delegación americana estaba presidida por Hull y, entre otros, la integraban Sumner Welles, el embajador en Buenos Aires, Alexander W. Wedell, Adolf Berle y Charles G. Fenwick.

En la sesión inaugural, hablaron los presidentes de la Argentina y los Estados Unidos. Justo utilizó una frase del Barón de Río Branco para afirmar los vínculos con Europa y, al referirse al programa de la asamblea, agregó: "No parece necesario insistir que en la realización de estos nobles propósitos, en modo alguno se ha pensado en crear agrupaciones continentales antagónicas. Sólo se anhela encontrar fórmulas más perfectas para la solución pacífica de los conflictos internacionales, que puedan merecer la adhesión de todos los países."(42)(93)

A lo que siguió un párrafo de solidaridad con la Sociedad de las Naciones. Estos principios preludiaban la posición que iba a adoptar la delegación argentina ante los problemas fundamentales.

En su respuesta, Roosevelt, por el contrario, insistió en la unidad hemisférica y el sistema de consulta: "En esta determinación de vivir en paz los pueblos de las Américas ponemos al mismo tiempo en evidencia que estamos firmemente unidos en la decisión final de que si otros pueblos, impulsados por la locura de la guerra o la avidez de ampliar su territorio trataran de cometer actos de agresión contra nosotros, se encontrarán con las repúblicas de este hemisferio plenamente dispuestas a constituirse en pro de la seguridad y su mutuo bienestar."(43)(94)

El 7 de diciembre, Hull propuso una resolución para fortalecer la paz en el hemisferio. La delegación argentina, en cambio, trató de universalizar la Organización de la Paz, a través de la Sociedad de las Naciones, con argumentos jurídicos en contra de la existencia de un derecho internacional regional americano. Para el canciller argentino, una mayor organización regional sería como "crear dentro del mundo, una gran isla de Robinson Crusoe". También adhirió la Argentina a la propuesta de postergar un proyecto de Corte Interamericana de Justicia.

El proyecto de Hull creaba ya un organismo interamericano, de insoslayable competencia en los conflictos, mientras que Saavedra Lamas se oponía a ello y subrayaba el principio de no intervención en la forma más absoluta. La divergencia de los proyectos ahondó el desacuerdo latente entre ambos ministros. La luna de miel de Montevideo se había esfumado rápidamente. En sus memorias, el diplomático americano evoca estos momentos: "Desgraciadamente, Saavedra Lamas acababa de regresar a Buenos Aires procedente de Ginebra, donde había presidido las Sesiones de la Asamblea de la Liga. Para él, la Liga de las Naciones era todavía una organización vital y poderosa. Incluso antes de la Conferencia, era evidente que se opondría a toda resolución que - a su parecer - se contrapusiera

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

remotamente a la Liga. Tenía los ojos más puestos en la Liga moribunda, que en la viviente idea panamericana."(44)(95)

La animosidad personal que crecía en el espíritu de ambos ministros, se manifiesta con meridiana claridad en estas observaciones: "Conferencí a solas varias veces con Saavedra Lamas, y otras más, en compañía de Welles y de uno o dos miembros de la delegación. Estas discusiones eran cada vez más agitadas. El ambiente de nuestra última conferencia se caldeó, y se intercambiaron - al menos por mi parte - algunas palabras airadas; nos separamos sin que hubiera señales de un acuerdo completo. No volví a ver a Saavedra Lamas antes de abandonar Buenos Aires. No cumplió con la cortesía habitual de despedirse de mí."(45)(96)

Estos hechos parecen haber dejado una profunda huella en el espíritu del estadista americano, quien jamás volvería a reconciliarse con la diplomacia argentina, con la cual colisionó permanentemente en los años siguientes, como lo veremos a través de su propio testimonio.

El primer ejemplo se refiere a la Octava Conferencia Panamericana, celebrada en Lima en 1938. En la Argentina, era presidente Roberto M. Ortiz, a quien acompañaba como canciller José María Cantilo, el cual veía con disgusto la inminente reunión. Alegaba que el momento no era propicio para asambleas, pero en realidad, intuía que la situación mundial impulsaría a los Estados Unidos a dar forma final a un sistema interamericano, en previsión de su entrada en la guerra, del cual sería real conductor y beneficiario.

A pesar de que concurrirían varios cancilleres, la delegación argentina fue presidida por Isidoro Ruiz Moreno. En cuanto a Cantilo, fue a Lima para asistir a la primera reunión, aprovechando el viaje inaugural del crucero "La Argentina". Al inaugurar las sesiones, Cantilo advirtió: "... que nuestra solidaridad continental no puede ser excluyente de la que nos une con el resto del género humano y que no podemos desinteresarnos de lo que ocurra fuera de América". Cordell Hull debió pensar que no había ganado mucho con el cese de Saavedra Lamas. El nuevo canciller argentino desplegab, corregida y aumentada, la posición de 1936. Claro está que no fue una sorpresa para el secretario de Estado. Antes de comenzar la conferencia, el canciller brasileño Oswaldo Aranha, que se había enterado del futuro discurso de Cantilo y su argumento, se lo pasó gentilmente al colega norteamericano. Hull se apresuró a entrevistar a Cantilo para tratar de disuadirlo de su actitud, e incluso le entregó el proyecto de declaración que traía la delegación estadounidense. Cantilo guardó el borrador, dijo su discurso sin cambiar ni una coma, ordenó a Ruiz Moreno no tomar decisiones sin consultarlo previamente, y se fue a tomar fresco a los lagos chilenos.

El testimonio de Hull sobre estos hechos es el siguiente: "Recuerdo los diez días siguientes entre los más difíciles de mi carrera. Ni la delegación argentina ni la nuestra presentaron formalmente nuestras declaraciones sobre solidaridad continental. En cambio se produjeron conversaciones informales, pero intensas entre ambos grupos, y con el resto de las delegaciones para poder alcanzar un terreno mutuo de entendimiento. Pero

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

la Argentina resultó un muro de piedra por su desgano para llegar a acuerdos significativos, a lo cual se añadía el hecho de que Ruiz Moreno no podía comunicarse con el ministro de Relaciones Exteriores Cantilo, a la sazón incomunicado en el Sur de Chile. Pensé que Cantilo se había escapado de la Conferencia para aniquilarla.(46)(97)

El estancamiento de la reunión era notorio, pero Hull imaginó una solución poco ortodoxa pero eficaz. Este es su relato: "Ruiz Moreno prometió telegrafiar pidiendo instrucciones. Hablé con él en privado, y le sugerí que hiciera saber a su gobierno que se lo criticaba con severidad, porque no brindaba aportes constructivos hacia la redacción de una declaración eficaz. Después de esta reunión, telefoneé a nuestra embajada en Buenos Aires para que se pusiera en contacto directo con el presidente Ortiz, solicitándole de mi parte, que diese instrucciones a la delegación argentina para que presentara una declaración responsable en nombre de la Argentina. Afortunadamente, yo conocía al presidente Ortiz como amigo personal desde hacía varios años, y lo admiraba como seria autoridad financiera y económica. Al tomar esta decisión, estaba pasando por encima de la delegación argentina y del canciller Cantilo; pero me sentía del todo justificado en vista de que esta delegación estaba completamente desquiciada, y de que Cantilo se había puesto de modo deliberado fuera de contacto con la Conferencia."(47)(98)

Finalmente Ortiz instruyó a Cantilo, quien envió un proyecto que contemplaba la propuesta de Hull, introduciéndole algunas modificaciones. La Conferencia aprobó una declaración que aceptaba las modificaciones de Cantilo. Por ella se ratificaba el sistema de consultas, la actuación independiente de cada estado, su igualdad jurídica y se establecía que los cancilleres americanos se reunirían cuando lo juzgaran necesario (modificación Cantilo) y no en forma automática (proyecto Hull), por iniciativa de alguno de ellos y en capitales rotativas.

Otro ejemplo de la accidentada relación de Cordell Hull con la diplomacia argentina, y lo heterodoxo de sus procedimientos, lo brinda la Segunda Conferencia de Cancilleres, reunida en La Habana, del 21 al 30 de julio de 1940.

Leopoldo Melo, el delegado argentino, se opuso a la propuesta de Hull para crear un "fideicomiso colectivo", para evitar la transferencia de las posesiones europeas en el hemisferio a otras naciones no americanas. En realidad, Melo cuestionaba el término "fideicomiso" por las implicancias que el mismo tenía, como también se opuso al de "mandato", "tutela", y, con más razón, al de "ocupación", que fueron propuestos por otras delegaciones. Además le aprecia poco correcto no consultar la voluntad de las poblaciones en juego, así como la necesidad de establecer que era un procedimiento de emergencia que mantendría el statu quo de esas posesiones, en tanto no se pudiera acudir a la autodeterminación de esos pueblos para decidir su destino. Planteó, asimismo, reservas respecto de las Malvinas por no considerarlas como colonia inglesa, sino territorio argentino, por lo cual quedaban excluidas del acuerdo.

Esta es la versión de Hull: "Personalmente el doctor Melo se mostró muy

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

cooperativo. Sin embargo, advertí de inmediato que él había llegado a La Habana con instrucciones muy precisas de su gobierno, de las cuales no podía apartarse. Toda mi argumentación no valdría de nada, si esta situación continuaba.

"Por lo, tanto, sentí la necesidad - como lo había hecho en la Conferencia de Lima - de pasar por encima de la delegación argentina para recurrir al presidente de la Argentina, doctor Ortiz. Me entrevisté con el doctor Melo, y le pedí que enviara un telegrama al doctor Ortiz, esbozándole mi pensamiento sobre la acción que deberíamos tomar para salvaguardar las colonias europeas, y manifestándole mi sugerencia de que el propio doctor Ortiz enviara instrucciones a Melo para que trabajase en común con las delegaciones estadounidenses y otras que apoyaban una acción definitiva. Ante las vacilaciones del doctor Melo, le expresé que lo que yo deseaba era que transmitiera un telegrama en mi nombre. Por consiguiente, aceptó. Al enviar este telegrama, en realidad estábamos pasando por encima del gobierno argentino en ejercicio. El presidente Ortiz, gravemente enfermo, se había retirado a un lugar balneario y el vicepresidente Castillo actuaba en su lugar.

La respuesta no tardó mucho. En esencial, tenía forma de instrucciones similares a las que yo buscaba. El 26 de julio por la noche había acuerdo en mi comisión"(48)(99)

El "pasar por encima" que tanto éxito le proporcionó frente a la diplomacia argentina, muy pronto iba a volverse en contra del secretario de Estado.

Ya hemos comentado la situación que se suscitó con motivo de la Tercera Reunión de Cancilleres, celebrada en Río de Janeiro en 1942, pocas semanas después de Pearl Harbor. Sumner Welles, jefe en esta oportunidad de la delegación estadounidense, había accedido a firmar una resolución general que simplemente "recomendaba" la ruptura de relaciones diplomáticas por parte de las repúblicas americanas (en realidad, las que todavía no lo habían hecho) con Alemania, Italia y Japón, a efectos de preservar la unidad del hemisferio.

Por supuesto, Hull presionaba a la distancia por la redacción de un texto más fuerte que "obligara" a la ruptura de relaciones; considerando al texto de compromiso como una concesión inadmisibles a la política exterior de la Argentina. Welles, junto con los delegados latinoamericanos, había firmado la resolución en cuestión; pero ésta debía ser sometida aún a la aprobación de una sesión plenaria de la Conferencia. La prensa americana presentaba el caso como un "triunfo diplomático" de la Argentina y de su entonces, ministro de Relaciones Exteriores, Enrique Ruiz Guiñazú.

Hull telefoneó a Welles en Río de Janeiro, para que este último cambiara de actitud. El propio Welles recuerda: "(Hull) ...me seguía diciendo que en la primera oportunidad posible, a la mañana siguiente, yo debía informar a la Conferencia que no había sido autorizado por mi gobierno a aceptar la resolución - compromiso - que había aprobado antes, y anunciar que los Estados Unidos se opondrían a la misma. No bien pude replicar, traté con toda mi habilidad de recordarle al secretario, que había recibido instrucciones específicas del presidente Roosevelt para adoptar

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

precisamente la acción antedicha."(49)(100)

En esta situación, encontramos a Sumner Welles siguiendo el mismo método que Hull gustaba aplicar a los delegados argentinos en las reuniones interamericanas. Prosigue Welles: "Cuando me di cuenta de que los argumentos y pedidos de reconsideración eran del todo inútiles, le dije a Hull que sentía la necesidad de apelar directamente al Presidente. A mi juicio, la cuestión comprometía la seguridad vital de los Estados Unidos en un tiempo de agudo peligro, y las consecuencias de las instrucciones que él me había dado resultarían sumamente desastrosas. La autoridad que yo ejercía emanaría directamente del Presidente. No podía variar mi posición a menos que el Presidente, en persona, me ordenara hacerlo.

"Afortunadamente el Presidente se encontraba en la Casa Blanca. Tuvo lugar entonces una conversación con tres interlocutores. Desde el principio era evidente (y el Presidente me lo confirmó a mi regreso) que el secretario de Estado lo había estado acosando con demandas para que desautorizara mi proceder. De entrada, el secretario Hull repasó la situación, insistiendo en que la Argentina debería ser tratada como un "proscrito". Me pidió que le explicara mi propio punto de vista, para brindarle un panorama de la situación de acuerdo con mi perspectiva, y las razones que creía esenciales para que se aceptara la resolución - compromiso. Resumí la situación lo mejor que pude. Subrayé que la posición del gobierno brasileño era la clave de todo el problema; que a menos que el Brasil pudiera impedir políticas divergentes en Buenos Aires y en Río de Janeiro, resultaría difícil (si no imposible) para esa nación, la ruptura de relaciones y, en tal caso, la mayoría de sus vecinos se vería obligada a seguir su ejemplo. Dije que estaba convencido de que se hallaba en juego la seguridad del hemisferio durante nuestra propia lucha con el Eje, y señalé en detalle los peligros que inevitablemente surgirían al destruirse la unidad interamericana.

"El presidente Roosevelt, sin vacilar, dijo entonces lo siguiente: "Lo siento Cordell, pero en este caso voy a seguir la opinión del hombre que conoce mejor la situación, por hallarse en el centro de los acontecimientos." Y dirigiéndose a mí, manifestó: "Sumner, apruebo lo que usted ha hecho. Lo autorizó a seguir el curso de acción que ha recomendado".(50)(101)

Evidentemente, estas dos figuras de la diplomacia americana, expresaban una diferente percepción y sensibilidad frente a los problemas latinoamericanos, producto, quizás, de una diferente formación cultural. La señora Courtney Letts de Espil, esposa de Felipe Espil, embajador argentino en los Estados Unidos durante 1933 - 1943, compara en sus memorias a estas dos figuras y emite un juicio severo sobre Cordell Hull: "En contraste con Welles, el secretario de Estado, Hull, no hablaba lengua extraña alguna, y la suya propia estaba impregnada de un marcado acento de Tennessee, inaccesible a la comprensión de muchos extranjeros. Sus temas y citas favoritas tenían siempre que ver con la Biblia o episodios de la guerra civil. Por lo demás la geografía no era su fuerte. En aquellos años, cuando presidía las reuniones de la Unión Panamericana, confundía a menudo, por ejemplo, Uruguay con Paraguay o viceversa."(51)(102)

Este juicio que en sí mismo resulta frívolo para valorar a una figura de las

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

dimensiones de Hull, brinda, sin embargo, una clave para entender su posición respecto de Latinoamérica. El propio Sumner Welles, que conocía bien a su superior jerárquico, ratifica en parte esa imagen y emite el juicio definitivo sobre su política interamericana: "Lo cierto es que Hull carecía no sólo de conocimientos sobre la historia latinoamericana, sino que ignoraba el idioma y la cultura de nuestros vecinos americanos. No comprendía la psicología latinoamericana. Apenas si entendía los problemas sociales y económicos que enfrentan, al presente, las repúblicas latinoamericanas. Realizó grandes servicios para un mejor entendimiento en el hemisferio, por su posición inicial en favor de la no intervención. Pero resultó perjudicial a este entendimiento cuando, durante sus últimos años como secretario de Estado, insistía continuamente en llevar adelante una política de interferencia directa en los asuntos internos del pueblo argentino."(52)(103)

7. LA DIPLOMACIA ESTADOUNIDENSE EN LA ARGENTINA (1933 - 1953)

Dentro del período que abarca este estudio, las complejas relaciones argentino - norteamericanas sufrieron profundos altibajos.

Después del fracaso de la línea dura representada por Cordell Hull, primero, y por Spruille Braden poco después, comienza a perfilarse, hacia 1947, un rapprochement entre los dos países que se consolida a partir de 1950. El nuevo modus vivendi se expresa, por ambas partes, en el abandono gradual de las disputas ideológico - políticas y su reemplazo por un mayor pragmatismo económico.

Esta tendencia se verá reflejada, en alguna medida, por los representantes diplomáticos de la Unión en Buenos Aires, donde dos funcionarios de carrera fueron gradualmente reemplazados por "embajadores de negocios". Desde 1947 hasta 1952, ésta será la línea encarnada por los embajadores americanos en la Argentina.

Resulta interesante examinar las relaciones entre los dos países desde la década de los treinta hasta la caída de Perón, practicando una rápida revista a los embajadores que el Departamento de Estado mandó a Buenos Aires, en dicho lapso.

George I. Blanksten ha formulado una sugestiva apreciación sobre el tema desde la perspectiva estadounidense: "Los embajadores de los Estados Unidos en Buenos Aires han desarrollado tres tipos diferentes de políticas. Una de ellas, que representó Norman Armour, sólo empleó uno de los tres monos de la fábula. Armour oía el mal y lo veía, pero no lo comentaba... a los argentinos Después de todo era un funcionario de carrera, sumamente correcto y que siempre hacía las cosas adecuadas. Y no intervenía en los asuntos internos de la Argentina. El segundo tipo de política lo ejemplificó Spruille Braden. Rechazaba a todos los monos. Veía el mal, lo oía... y no vacilaba en hablar de él. Esto constituía una intervención "norteamericanas" en los asuntos argentinos, una intervención en contra de Perón. Y la tercera clase de política estadounidense - representada por la línea Messersmith - Bruce - Griffis - Bunker - empleó con toda amplitud a los tres monos. Esto fue recibido en la Argentina como una nueva forma de

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

intervención yanqui, pero ahora en favor de Perón."(53)(104)

La lista de los embajadores americanos en el período 1935 - 1955, comprende a Alexander W. Weddell (1933 - 1939), Norman Armour (1939 - 1944), Spruille Braden (1945), George Messersmith (1946 - 1947), James Bruce (1947 - 1949), Stanton Griffis (1949 - 1950), Ellsworth Bunker (1951 - 1952) y Albert F. Nufer (1952 - 1956).(54)(105)

Alexander W. Weddell fue un diplomático de carrera que estableció buenas relaciones con el presidente Ortiz, cuando éste asumió el cargo. Es autor de un libro titulado Introduction to Argentinna, en cuyo prefacio afirma: "Un motivo profundo me anima a ofrecer al público esta guía amistosa sobre la Argentina: la conclusión, formada luego de más de cinco años de residencia en el país, de que si bien los americanos que visitan a la Argentina, y los argentinos que visitan a los Estados Unidos regresan a sus respectivos países con cierto grado de comprensión mutua, comienzan sus giras con una enorme ignorancia de lo que van a encontrar. Para muchos americanos, la Argentina sólo despierta visiones de tangos, revoluciones y gauchos; mientras que, en una especie de represalia, hay muchos argentinos que creen que nosotros somos únicamente materialistas vulgares, constructores de fantásticos rascacielos, y gente que alimenta en la sociedad toda al gangster y al secuestrador."(55)(106)

Otro embajador de carrera, Norman Armour, fue llamado por el secretario Hull a Washington el 22 de junio de 1944, como medio de ejercer presiones diplomáticas adicionales sobre la Argentina, para que ésta declarase la guerra a las potencias del Eje. Armour se convertiría en secretario asistente para Asuntos Interamericanos el 15 de junio de 1947, a causa de la renuncia de Spruille Braden a este último cargo. Braden, dos años antes (el 18 de mayo de 1945), había sido designado embajador norteamericano en Buenos Aires, una vez que se normalizaron las relaciones diplomáticas entre ambos países. Por lo tanto fue el sucesor inmediato de Armour, luego del ineficaz paréntesis diplomático.

Spruille Braden estuvo muy poco en Buenos Aires. Fue uno de los embajadores de más fugaz permanencia en el cargo, como que apenas duró cuatro meses. Representaba la supervivencia de la "línea dura" de Hull respecto de la Argentina. Esto y su tenaz empeño de influir en el curso de la política argentina de esos años, lo convirtieron, rápidamente, en una de las figuras más discutidas dentro de la política argentina, durante y con posterioridad a su cargo diplomático en ese país. Smith ha resumido: "Al exigir que el gobierno de Farrell restaurara las libertades básicas al pueblo argentino, Spruille Braden excedió los privilegios de su puesto diplomático recorriendo el interior de la Argentina, y pronunciando - en dicha gira - discursos contrarios al gobierno ante el cual había sido acreditado."(56)(107)

Peterson comparte la misma opinión: ". . . Perón no podía ignorar el abierto desafío de Braden a sus ambiciones personales, ni la profunda agitación que había promovido. A mediados de julio (1955), mientras el embajador realizaba una gira de discursos agresivos por las provincias, un diluvio de afiches y volantes procaces inundaba las calles del centro de Buenos Aires.

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

Diversos grupos porteños que incluían a estudiantes, hombres de negocios, una parte de los trabajadores sindicalizados, y los ex ministros de Relaciones Exteriores, Saavedra Lamas y Cantilo, tomaron entonces la defensa de Braden. Resultaba evidente que el demócrata jovial, pero enérgico, había hecho correr sangre. El problema era ahora Bradell o Perón."(57)(108)

Por su parte, Perón había buscado durante su campaña para la presidencia, un acercamiento hacia los Estados Unidos. Los hechos han sido referidos por Welles: "Su franqueza (la de Perón) en la tentativa por asimilar las dificultades de la vida internacional, puede aprehenderse mejor mediante una carta confidencial que él dirigió al presidente Truman, por vía de un emisario, dos meses antes de las elecciones (24 de febrero de 1946). En esta comunicación manifestó con claridad que, por razones fundamentales, la Argentina y los Estados Unidos debían lograr un entendimiento basado en la buena voluntad mutua. Urgía que se liberasen los fondos oficiales argentinos bloqueados en los Estados Unidos, para que la Argentina se encontrara en posición de adquirir bienes estadounidenses y comenzara un intercambio bilateral que resultaría recíprocamente beneficioso. Expresó la convicción de que tal medida posibilitaría una nueva y mejor época a abrirse en las relaciones entre ambas naciones, y así se pondría fin a los malos entendidos que habían causado tanto daño. Se refirió a los acuerdos cordiales y satisfactorios concluidos con ocasión de la misión encabezada por el embajador Warren y el general Brett, enviada a Buenos Aires el año anterior por el secretario de Estado, Stettinius, y al amplio entendimiento alcanzado cuando se abarcaron las relaciones económicas, así como la cooperación militar, naval y aérea en la defensa del continente. Todo esto se ha lanzado por la borda - manifestó - no bien el señor Braden apareció en la escena. Concluyó declarando que en caso de ocupar la presidencia, su intención firme sería la de proseguir una política de cooperación auténtica y leal, basada en los acuerdos logrados con la misión Warren."(58)(109)

El mismo autor sintetiza, unas páginas más adelante, las bases de las tratativas con la misión Warren: "Con anterioridad a que la Conferencia (Conferencia Interamericana sobre los Problemas de la Guerra y de la Paz) se reuniera en la Ciudad de México, en febrero de 1945, el nuevo régimen del Departamento de Estado envió una misión especial a Buenos Aires. En las conversaciones ostensiblemente secretas que tuvieron lugar con el coronel Perón, el doctor Juan Cooke y otros dirigentes actuales del gobierno argentino, se acordó que si la Argentina llevaba a la práctica los compromisos de defensa hemisférica contraídos en 1942 en Río de Janeiro, y aceptaba la oportunidad de reincorporarse al redil de las naciones americanas (que se abriría después de la Conferencia de México), los Estados Unidos abandonarían su actitud coercitiva y cancelarían todas las medidas restrictivas que habían sido impuestas en las relaciones económicas entre ambos países. Si bien se formuló la sugerencia de que sería sumamente deseable que la dictadura militar entregara el gobierno a la Corte Suprema de Justicia, hasta que se

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

celebraran las elecciones generales, dicha sugerencia no fue apremiante y el coronel Perón se negó constantemente a efectuar compromisos sobre lo que sostenía eran cuestiones de naturaleza puramente interna"(59)(110)

Sin embargo, el embajador Braden persistió en comprometer los esfuerzos del Departamento de Estado y los suyos propios en el proceso electoral argentino, apoyando a la Unión Democrática, una amplia coalición de partidos tradicionales. Los resultados de las elecciones de 1946 dieron el triunfo a Perón. Este es el comentario de Peterson: "Al negarse a desautorizar al régimen nacionalista, el pueblo argentino había repudiado eficazmente el principal justificativo del Departamento de Estado para sus políticas de coerción e intervención. Los Estados Unidos habían sufrido una derrota diplomática de envergaduras. A excepción de fortalecer el poder del coronel Perón, las políticas de Hull - Braden no consiguieron alterar el curso de los acontecimientos en la Argentina."(60)(111)

Para un balance general de las políticas de Braden, respecto de la Argentina, puede verse: Peterson, H., Argentina and the United States, donde se analizan ampliamente las repercusiones de su actuación en el país rioplatense.

El reemplazante de Braden fue George L. Messersmith, embajador en México y veterano funcionario de carrera con amplia experiencia en América Latina. Su misión debía iniciar las acciones preliminares para el rapprochement entre los Estados Unidos y la Argentina. Welles así lo ha reconocido: "El secretario de Estado pronto anunció que un nuevo embajador, George Messersmith, sería enviado a Buenos Aires. El presidente Truman en el discurso pronunciado en Chicago para el Día del Ejército, tuvo ocasión de manifestar que los Estados Unidos se hallaban preparados para firmar un tratado interamericano de defensa «con todas» las repúblicas americanas, y de este modo desautorizó expresamente la política anterior del Departamento de Estado, que había proclamado reiteradamente que los Estados Unidos jamás» serían partícipes en ningún pacto defensivo interamericano donde interviniese un gobierno argentino encabezado por Perón. El Departamento de Estado, tras la cortina de palabras destinada a persuadir a la opinión pública de que proseguía sin alteraciones su anterior política, fue obligado a prepararse para la adopción de un nuevo derrotero.(61)(112)

La tarea de restaurar relaciones amistosas con el gobierno de Perón, llevó al embajador Messersmith a un choque frontal con Spruille Braden, formalmente su jefe como secretario asistente a cargo de Asuntos Latinoamericanos. La actitud menos intransigente de Messersmith en Buenos Aires ha sido calificada con diversos términos que igualmente definen su perfil: apaciguamiento, conciliación, realismo.

Para sustituir a Messersmith, el presidente Truman nombró a James Bruce, ejecutivo de la National Dairy Products Company. Sería el primer hombre de negocios que los Estados Unidos destinarían a sede tan estratégica. La innovación tendrá continuadores.

Bruce llegó a mantener relaciones cordiales personales con Perón y, según Peterson: ". . . trabajando junto a los hombres de negocios norteamericanos

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

y los asesores de Perón, el embajador buscó persuadir a los argentinos de que liberalizaran su política de precios y las prácticas comerciales del Estado."(62)(113)

La política de conciliación estaba en marcha. La Conferencia Interamericana de Río de Janeiro de 1947, que dio lugar al Tratado de Asistencia Recíproca, produjo el regreso de la Argentina a las reuniones hemisféricas, desplegando una actitud de mayor cooperación con los Estados Unidos. Harris G. Warren ha señalado un aspecto interesante: "El deseo de los altos jefes militares estadounidenses de lograr un tratado de defensa recíproca hemisférica, resultó factor importante en la política de conciliación. Dicho tratado se consideraba tan importante, que el totalitarismo de Perón, y su «amenaza de ampliar el control sobre todo el continente sudamericano», pasaron a ignorarse"(63)(114)

Al año siguiente, Argentina estuvo presente en la Conferencia Interamericana de Bogotá (1948), que dio nacimiento a la Organización de los Estados Americanos (OEA). En esa reunión la Delegación Argentina participó activamente: introdujo algunas reservas al Pacto de Bogotá y condujo la tendencia que incorporó las doctrinas básicas latinoamericanas sobre la no intervención, a la Carta de la OEA y al Pacto Económico. No cabe duda de que para esta época la Argentina estaba plenamente integrada al sistema interamericano.

James Bruce estuvo dos años en Buenos Aires, al cabo de los cuales reunió las memorias de su residencia en ese país bajo el ya citado título: *Those Perplexing Argentines*.

Stanton Griffis, "dueño de Brentanos, estrechamente vinculado al Madison Square Garden, a la compañía cinematográfica Paramount y a otras actividades del espectáculo, socio de la firma inversionista Hemphill, Noyes & Company"(64)(115), fue el sucesor de Bruce en Buenos Aires.

Griffis también escribió sus memorias publicadas bajo el título: *Lying in State*, donde brinda interesantes pormenores sobre sus actividades como embajador. Con anterioridad, Griffis había estado acreditado en Polonia y en Egipto, y con posterioridad a su misión en Buenos Aires representó a su país en la España de Franco.

Este embajador continuó la política de estrechar las relaciones con el régimen de Perón y obtuvo una significativa conquista diplomática al lograr la ratificación por la Argentina del Tratado de Río de Janeiro.

Esta ratificación se produjo el 29 de junio de 1950, luego de que el Export - Import Bank anunció, el mes anterior, la concesión de un crédito de 125 millones de dólares a la Argentina. El pragmatismo era la filosofía del momento. A cambio del préstamo Perón modificaría su política frente a las inversiones e intereses americanos en la Argentina, y ratificaba el Tratado de Río. Del lado americano, Warren observa: "No hay razón para dudar que los exportadores y altos jefes militares estadounidenses ejercieron presiones sobre el Departamento de Estado, para obtener su apoyo en el discutido crédito, de 125 millones de dólares, anunciado el 17 de mayo de 1950. Al defender el crédito, los voceros del Departamento de Estado, subrayaron la necesidad de mantener a la Argentina dentro del sistema

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

interamericano, y del libre intercambio de personas, ideas y bienes., para forjar los lazos de amistad y respeto que brindan sustancia a los actos del Estado»."(65)(116)

Griffis acompañó a la misión argentina que voló a Estados Unidos el 20 de marzo de 1950 para negociar el referido préstamo con el Export - Import - Bank. Sus memorias contienen su versión de las razones que movieron a Perón a ratificar el Tratado de Río. Dice Griffis: "De acuerdo con sus esperanzas sobre la solidaridad hemisférica, mucho deseaba el Departamento de Estado persuadir a la Argentina para que firmara el Pacto de Río. Algo parecido en sus lineamientos a una N.A.T.O. sudamericana, aquel había sido redactado como un acuerdo ofensivo y defensivo que preparaba para la ayuda mutua a todos los países latinoamericanos en caso de ataque exterior. Ni siquiera las zalamerías encantadoras de Jim Bruce habían podido convencer a la Argentina para que firmara el pacto. Un día, después, de nuestro regreso de Washington, Cereijo (Ramón A. Cereijo, presidente del Consejo Económico Social) me dijo que sin embargo, Perón se encontraba muy complacido por nuestra labor en el Norte, y deseaba verme junto al canciller (Hipólito Jesús) Paz. Comenzamos nuestro habitual intercambio de bromas, al decir Perón: "Usted es demasiado bueno para ser embajador norteamericano. Tengo que convencerlo para que se haga argentino y trabaje como embajador argentino." Respondí: "Señor Presidente, creo que va a tener esa oportunidad dentro de las dos o tres próximas semanas, porque si no firma el Pacto de Río, me van a despedir, y tendré que buscar un nuevo empleo." Perón manifestó: Bueno, en realidad no me gustaría que lo despidieran: el Pacto de Río se ratificara en dos semanas." Y así fue. Quizás su satisfacción por los resultados de Washington se debía al hecho de que, como lo había repetido en sus discursos políticos, prefería cortarse la mano derecha antes que firmar la solicitud de un empréstito norteamericano. Por esa razón habíamos tenido sumo cuidado en llamar crédito al empréstito del Export - Import Bank."(66)(117)

A esta altura de las relaciones entre los dos países, Peterson señala: "Desde 1950, los Estados Unidos se apoderaron de la tradicional posición británica como el mejor cliente de la Argentina, relación que parecía posible se perpetuara."(67)(118)

Ellsworth Bunker, "presidente de la National Sugar Refining Company" fue el tercer "embajador de negocios" y sucesor de Griffis. Su gestión fue breve y de transición hasta el nombramiento de Albert F. Nufer, diplomático de carrera, quien "se había dedicado a los asuntos latinoamericanos durante más de una década, pero (...) era muy desconocido en la Argentina."(68)(119)

El hecho, quizás más significativo para caracterizar las relaciones entre Estados Unidos y la Argentina, a partir de 1952, fue la gira del doctor Milton Eisenhower, hermano del entonces presidente de los Estados Unidos. Esta gira (junio - julio de 1953) brindó a Perón una espléndida oportunidad para mostrar al hemisferio su buena voluntad en procura de estrechar sus buenas relaciones con los Estados Unidos.

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

Estas son las palabras de Eisenhower: "Decir que me asombré frente a la recepción preparada por Perón, es un pálido reflejo de lo ocurrido. Alfombras rojas, bandas de música pintorescas, guardias militares de honor, y otras cortesías militares, brillaban por todas partes. El embajador de los Estados Unidos, Albert F. Nufer, me susurró cuando viajábamos desde el aeropuerto al despacho de Perón para nuestra conversación inicial: "Perón ha decidido que su Tercera Posición es un fracaso. Ha estado buscando una excusa para cambiar de política, y habrá de aprovechar su visita como tal."(69)(120)

El argumento de Nufer pareció corroborarse por los hechos. El deterioro de la economía argentina, los cambios operados en el comercio internacional, la guerra fría y la crisis de Corea, llevaron a Perón al convencimiento de la necesidad de apelar al capital externo para apoyar la languideciente economía argentina.

La visita del doctor Eisenhower fue a fines de julio de 1953. En agosto se promulgó la nueva legislación sobre inversiones privadas. Warren describe este momento así: "Perón estaba dedicado a un serio esfuerzo por atraer capitales extranjeros a la Argentina. Aunque los radicales atacaron en el Congreso argentino el proyecto sobre capitales extranjeros, la medida se convirtió en ley el 21 de agosto (de 1953). Perón aumentó el voltaje en octubre. En un discurso pronunciado en Asunción, elogió al presidente Eisenhower, pidió un frente común, prometió el apoyo a la solidaridad hemisférica, y negó cualquier intento por establecer un bloque regional o para influir sobre otros países latinoamericanos, en contra de los Estados Unidos."(70)(121)

La respuesta estadounidense fue positiva frente a este cambio de la política argentina. Peterson caracteriza los últimos años del régimen de Perón de esta manera: "...la política exterior argentina había retrocedido de la marea alta del nacionalismo vocinglero, la hegemonía hemisférica y la independencia económica que Juan Perón había ostentado hacia fines del cuarenta. La amortiguación de las declaraciones oficiales, la posición mesurada en las reuniones interamericanas, y la decisión de levantar la prohibición de actuar a las compañías petroleras extranjeras, señalaron su retirada del chauvinismo de los años anteriores". Y agrega: Más importante para la Argentina, la llovizna de los representantes americanos de negocios que había comenzado a derramarse sobre Buenos Aires, ahora se dilató hasta convertirse en un torrente. Se afirmaba que los agentes de importantes compañías como Standard Railway Equipment, Whestinghouse, John Deere, Caterpillar e International Harvester, firmaron convenios, hicieron ofertas o consideraron esas perspectivas. Los negociadores de las compañías petroleras se encontraban entre los precursores de la nueva migración de capital. La nueva actitud de Perón parecía estar atrayendo clientes: clientes con poder adquisitivo y ansias de gastar."

En este punto Whitacker coincide con Peterson.(71)(122)

La naturaleza del nuevo tipo de relaciones entabladas entre los Estados Unidos y la Argentina, se halla lúcidamente reflejada por el entonces

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

secretario asistente de Estado para Asuntos Latinoamericanos (1953 - 1954), John Moors Cabot, destacado diplomático y expositor de la llamada "filosofía de la asociación) partnership philosophy). En su libro *Toward our Common American Destiny*) Medford, Mass., The Fletcher School of Law and Diplomacy, 1955, Cabot traza los rasgos esenciales de la nueva política hemisférica.

En su prefacio a la obra de Cabot, Robert Burgess Stewart, señala: "En los últimos años, se ha registrado un cambio y los Estados Unidos ha dado más importancia a su papel de "socio" que al de dirigente en materia de asuntos mundiales. No hay caso en que esta política adquiera mayor significado que en las relaciones con sus vecinos y socios del hemisferio occidental... Todo esto viene a subrayar el hecho de que los principales problemas que quedan por resolver en las relaciones interamericanas, han pasado del campo político al económico y comercial."(72)(123)

Los temas político - ideológicos como la lucha entre fascismo y democracia, se habían relegado para dejar paso a las nuevas y más pragmáticas formas de cooperación económica y militar.

John M. Cabot, que había acompañado a Milton Eisenhower en su giralatioamericana, señala el giro del Departamento de Estado con respecto a la Argentina, al decir: "El gobierno argentino posee una filosofía política y económica distinta de la nuestra; no puedo arriesgarme a decir si se adapta bien a las condiciones internas de la Argentina, pues francamente no es asunto nuestro. Es obvio, sin embargo, que el actual gobierno alcanzó el poder respaldado por el pueblo. El gobierno de los Estados Unidos se ha comprometido repetidamente a no intervenir en los asuntos internos de sus repúblicas hermanas, y no sólo debe, sino que sabrá respetar sus promesas porque son la piedra angular de nuestras relaciones interamericanas. Al recapitular la lamentable historia de los años pasados, confío en que ustedes coincidirán conmigo en que tal posición, no es sólo sana en la práctica, sino justa en lo moral."(73)(124)

Parece difícil encontrar en fuentes oficiales de los Estados Unidos, un reconocimiento más sincero del fracaso de la política coercitiva de Cordell Hull respecto de la Argentina.

Poco más adelante, el propio Cabot reconoce que se ha iniciado una nueva etapa en las relaciones entre ambas naciones: "gracias al tacto, habilidad y comprensión del doctor Milton Eisenhower".

Alrededor de 1953/54, se había estabilizado el *modus vivendi* entre la Argentina y los Estados Unidos, que continuaría hasta la caída de Perón. Whitacker resume las cordiales relaciones hacia fines de 1953, así: "Ambos gobiernos habían alcanzado una especie de *modus vivendi* sobre los tres problemas que constituyeron la principal causa de perturbación durante la década pasada. Washington había vuelto a seguir una estricta no intervención en términos que significaban la ausencia de incidentes con Perón, sobre la base del carácter nazifascista, neofascista o totalitario del régimen, como había ocurrido con frecuencia en las administraciones de Roosevelt y los primeros años de la de Truman. Washington también había mitigado su presión para llevar a la práctica la defensa del Hemisferio

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

Occidental, salvo en una forma que ahora podía resultar aceptable a Perón: un pacto militar bilateral. El tercer problema había sido resuelto gracias a una concesión realizada por Perón - en 1953 - en materia de inversiones. En apariencia, esto avanzaba mucho en la idea de satisfacer a Washington; de todos modos, poco después una importante figura de la administración, el senador Homer Capehart, habló en detalle, durante una visita a Buenos Aires, acerca del inminente flujo de billones de dólares en capitales estadounidenses que caería sobre la Argentina.(74)(125)

Puede advertirse con claridad, la diferencia con los problemas en discusión una década antes. Durante la Segunda Guerra Mundial, los elementos ideológicos jugaron un papel determinante en la política de Hull, quien siempre consideró a la Argentina como una amenaza totalitaria para el hemisferio. Creemos haber demostrado que ésta no era la única cuestión debatida entre la Argentina y los Estados Unidos. Tendrían que examinarse las relaciones triangulares Argentina - Estados Unidos - Gran Bretaña, las relaciones triangulares Argentina - Brasil - Estados Unidos, la pugna entre Estados Unidos y Gran Bretaña por el mercado argentino de postguerra, etc. Una vez terminada la contienda, y el fascismo y el nazismo eliminados en Europa la guerra fría puso frente a frente a dos de los antiguos aliados: los Estados Unidos y la Unión Soviética.

En este marco, la Argentina se alineó junto al bloque occidental liderado por los Estados Unidos. Las viejas impugnaciones ideológicas fueron desechadas; prevalecían las desnudas realidades económicas y la seguridad interamericana. La Argentina había dejado de ser "el mal vecino" de las Américas. Era un socio más de la alianza hemisférica y un mercado adicional para las inversiones americanas.

CONSULTAS ARANCELARIAS

I. ESCRITURAS DE CANCELACIÓN DE HIPOTECAS CON CLÁUSULAS DE REAJUSTE. Aranceles a percibir

DOCTRINA:

La norma del inc. f) del art. 3º del Arancel Notarial que establece: "El honorario se determinará sobre valores actualizados al momento de prestarse el servicio profesional", es de aplicación en todos los casos en que se produzca una demora entre el acto jurídico cuyo valor es la base de la alícuota y la prestación del servicio profesional. Para practicar el ajuste, debe aplicarse el índice previsto en el apartado 1 del mismo inciso. En los casos de cancelación de hipotecas sujetas a cláusulas de ajuste, el escribano podrá optar por dicho índice o el incluido en el contrato hipotecario.

(Dictamen de los consejeros Agustín O. Braschi y Carlos M. D'Alessio, de carácter general, aprobado por el Consejo Directivo en sesión de 15 de enero de 1986).

El arancel profesional tiene por objeto fijar la remuneración o retribución del servicio prestado al usuario. Cuando señala cantidades máximas, busca la